



ANTONIO HEREDIA SORIANO

A vueltas con la Generación de 1898¹

The Generation of 98 Revisited

ABSTRACT: The important role played by the famous literary Generation of 1898 on the contemporary history of Spain and the subsequent attention focused on it by Spanish thinking, have both hidden, for a vast majority of scholars, the presence of “other” Generations of 98 in that context and have hindered a broader and more authentic vision of Spain at that time. The primary goal of this study is to place the famous generation within its context to understand better the turn of that century.

KEYWORDS: Spanish Generation of 1898 • Juan Valera • Miguel de Unamuno • José Ortega y Gasset

En cierto modo la historia la hacen y la deshacen los historiadores con su manera de presentarla. Son ellos quienes configuran o desfiguran con sus estudios la memoria que, cual imagen estereotipada, va quedando del pasado en el imaginario común de generaciones y generaciones. Pero como el progreso histórico y social en todos los sentidos puede provocar cambios en la imagen heredada, de ahí la necesidad que tiene cada época de revisarla; de ahondar en su memoria con mayor exigencia para poseerse con más claridad y proyectarse con más acierto.

Es lo que ocurrió hace años con motivo de la conmemoración de los acontecimientos españoles de finales del siglo XIX. De aquel entonces, aparte la expresión “más se perdió en Cuba”, quedó el concepto “generación de 1898”, que, por su simplicidad, evocación y fuerza expresiva, ha quedado como referente *casi exclusivo* de nuestra historia literaria y filosófica contemporánea. Pues bien, tal concepto fue sometido en los años 90 del siglo pasado a una profunda y general revisión. No en balde ha sido uno de esos “árboles” que no ha permitido a muchos ver el bosque de la compleja realidad finisecular que evocaba por propia definición.

¹ Este trabajo es versión revisada y actualizada de otro que con el título *Realidad histórica y generación del 98* publicó el autor en la revista japonesa *Cuadernos Canela*, X (1998) 7–20.

Como se sabe, dicho marbete, reclamado como botín de guerra por diversos padres, parece que nació a la vida social literaria en 1913² de la mano de dos progenitores de distinta sensibilidad y de universo mental también distinto. En cierto modo fue un nacimiento ambiguo y “caprichoso”, como lo reconoció ese azor de Azorín, que fue quien dio vuelo y vuelco conceptual al neonato. Y aunque fue Ortega y Gasset por diferencia de días quien acuñó primero el epónimo para agrupar en él a quienes rondaban los treinta años de edad en 1913, fue el de Monóvar el que le dio un contenido definitorio preciso, legándolo a la posteridad.

Ortega se había limitado a señalar que la generación del 98 era para él la de aquellos que en el momento del desastre rondaban los quince años de edad y ahora tenían alrededor de los treinta, incluyéndose él mismo –claro está– dentro de ella. En su opinión era una generación huérfana de maestros, sin compromiso con el pasado ni responsabilidad política con lo sucedido, una generación virgen..., llamada en consecuencia por imperativo histórico a actuar y a remediar los males de la patria partiendo de cero. Llegó incluso a decir que España era para esa generación mentada “el nombre de una cosa que hay que hacer”; y terminaba su artículo llamando a rebato con una pregunta desmesurada e inquietante: “Pero... ¿dónde está esa generación fantasma?”.

Azorín, que contaba 40 años de edad cuando el artículo de Ortega, se dio por aludido; y justo al día siguiente, en la Tercera de ABC, comenzó a publicar su crónica reivindicativa titulada *Generación de 1898*. Espoleado por la impertinencia orteguiana contra los viejos (los abuelos y padres generacionales del joven escritor, entre quienes se contaban lógicamente los jóvenes escritores de fin de siglo; sus hermanos mayores), quiso dejar claro qué generación debía ser conocida en verdad bajo el rótulo de aquel año singular. Según Azorín, generación de 1898 sólo podía ser la de quienes entonces –novelistas, poetas, críticos– habían cumplido con especial intención e intensidad el papel de denunciar el orden establecido y el estado social consiguiente. Y, en efecto, nadie podía negar que el desastre había sido más significativo para Azorín y sus jóvenes compañeros de pluma que para Ortega y los que en aquella fecha eran unos niños o adolescentes, inéditos todavía en la vida pública. No tiene, pues, nada de extraño que el 98, símbolo de una encrucijada, de sombra bien alargada por cierto en la historia de España, fuera reclamado como signo generacional de unos escritores jóvenes

² J. Ortega y Gasset, *Competencia* (8/9–2–1913). *O.C.*, X. Madrid: Rev. de Occidente, 1969, p. 226–231.– Azorín, *La generación de 1898* (10/18–2–1913). *O.C.*, I. Madrid: Aguilar, 1975, p. 1125–1135.

que, frente a lo que significaba la Restauración, dieron la cara en aquel fin de siglo. Por eso el artículo de Azorín era en cierto modo el reverso del de Ortega: una réplica y rectificación en toda forma.

No hubo por lo tanto “apropiación y expolio” por parte de Azorín de una marca registrada, según lo ha visto Cacho Viu³, sino un simple lance entre dos primeras espadas de generaciones distintas, saldado como se sabe a favor del más viejo. Lo que hizo el ya famoso escritor en un verbo fue reconvertir el expresivo invento orteguiano, lanzado a la arena con el apelativo de “fantasma”, en otro lleno de contenido histórico-literario y filosófico, poblándolo de rostros conocidos. Es lo que ha quedado de los cuatro artículos que de la pluma de Azorín vieron la luz en febrero de 1913 en ABC.

Pero 1898 no fue sólo símbolo de una promesa inocente y expectante (la incoada generación de Ortega), ni de una juventud responsable y comprometida, volcada a una nueva crítica y estética (la generación de Azorín). Aquel año fue también figura de una aguda crisis nacional, por lo que el reclamo de la marca que hizo Azorín para él y su grupo, quedó pegada a ellos como lapa, contaminándolo por un lado de *n o v e n t a y o s i s m o*, esto es, de todo lo negativo y crítico de una época evitanda; y por otro, tan precisa fue la apropiación y definición, que aquella generación se convirtió en heraldo privilegiado de aquel momento singular. Demasiado por uno y otro lado, pues ni toda aquella mentada generación fue *n o v e n t a y o s i s t a*, gente pesimista aislada de la realidad y cultivadora de la subjetividad en estado puro, pendiente sólo de sí mismo y de su estética, ni ella sola agotó el sentido y la experiencia de lo que entonces vivió España.

Ante estos excesos, no es extraño se haya sentido la necesidad de revisar el concepto “generación del 98”. Sintomáticamente, ya lo criticaron en su tiempo tres de los más importantes miembros de la nómina: Unamuno, Maeztu y sobre todo Baroja⁴. Desde luego, no se trata de negar su utilidad ni los valores de diversa índole que pueda contener como grupo literario y filosófico. De lo que se trata es de purificarlo y de ver a sus componentes en real compañía, inmersos en su tiempo de nacimiento, en su contexto. Adaptando

³ V. Cacho Viu, *Repensar el 98*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, p. 28.

⁴ Si por generación cultural se entiende un lazo de unión consciente, de índole espiritual y comunitaria, entre personas nacidas en una determinada y precisa franja cronológica, ninguno de estos tres autores, nacidos entre 1864 y 1875, se siente pertenecer a una *generación*. Así lo da a entender: 1) M. Unamuno, *La hermandad futura* [1918]. *O.C.*, VIII. Madrid: Escelicer, 1966, p. 407-409. 2) Maeztu en carta a Ortega de 15-10-1911 (Cf. V. Cacho Viu, *Repensar el 98*, *op.cit.* en n. 3, p. 167) y en su artículo de 1935: ¿Existió la llamada generación del 98?, *Obra*. Ed., pról. y selec. de V. Marrero. Madrid: Edit. Nacional, 1974, p. 90-91. Y 3) Baroja, *Divagaciones apasionadas* [1924]. *O.C.*, V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948, p. 496-497.

a la ocasión la célebre frase de Ortega, diríamos que la generación del 98 es ella y su circunstancia, y si no se salva esta, no se salva aquella. En suma, no se trata de negar la sustancia de esa generación, sino de restaurar el 98 *s i n m á s*; la realidad histórica compleja de aquel tiempo, donde tuvo lugar su nacimiento.

Para ello hay que atenerse aquí también, practicado *more historico*, al deseo husserliano de retroceder a las “cosas mismas”⁵. O como decía antes, en 1890, el catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, Nicolás Salmerón: “la luz y claridad que se ha de buscar para el conocimiento es la de las cosas mismas, no las proyecciones e imágenes puramente subjetivas”⁶. Ello implica ante todo mirar la compleja realidad del 98 *d e s d e d e n t r o*, y a su vez, situar la llamada por antonomasia “generación del 98” en medio de “otras” generaciones *t a m b i é n* del 98, sin las que carecería de marco de referencia. Es decir, me parece urgente que el historiador se proponga como objetivo prioritario de su labor desideologizar la presentación del pasado – en nuestro caso, aquel entresiglos español– buscándolo en sí mismo y no en las fórmulas más o menos cómodas que nos han llegado sobre todo a través de una manualística simplificadora.

Por mi parte, pensaba que ese entresiglos había quedado por regla general bastante oscurecido, atrapado entre dos luminares de primera magnitud: Unamuno por el lado de allá y Ortega por el de acá. ¿Podía ser, pues, un despropósito aprovechar la conmemoración del 98, para hacer un ensayo de inmersión en la *d é c a d a* (1895–1905) que por extensión podríamos llamar de la “crisis de la conciencia española actual”? A mí al menos me pareció una ocasión de oro, e intenté ser fiel al pensamiento orteguiano que alentaba por los años cuarenta a llenar en los estudios de historia de la filosofía “esos vacíos de conocimiento que se abren como simas entre las grandes e ilustres etapas del pensamiento”⁷. Y también fiel a Unamuno, que casi medio siglo antes invitaba a oír el murmullo de la “sub-historia”, ya que la historia, según él creía, daba razón “de los cuatro que gritan y nada dicen de los cuarenta mil que callan”⁸.

Leyendo pues nuestra historia filosófica y literaria contemporánea a la luz de estos maestros, me convencí que ellos mismos se sorprenderían del poco caso que se les ha hecho, a pesar de tanta beatería y manoseo cultural

⁵ E. Husserl, *Investigaciones lógicas* (1900–1901), trad. de M. García Morente y José Gaos. Madrid: “Revista de Occidente”, 1967, 2ª ed., t. 1, p. 294.

⁶ N. Salmerón, *Sobre la enseñanza de la filosofía*, “Boletín de la Institución Libre de Enseñanza”, 14/331 (1890) 338.

⁷ J. Ortega y Gasset, *Prólogo a la Historia de la Filosofía de E. Bréhier, O.C.*, VI. Madrid: “Revista de Occidente”, 1964, 6ª ed., p. 380.

⁸ M. de Unamuno, *El porvenir de España* [1898/1912]. *O.C.*, III. Madrid: Escelicer, 1968, p. 659.

como con ellos se ha practicado. La historia de la crítica noventayochista ha tendido por un lado a reducir la realidad histórica de un tiempo denso y, por otro, a amplificar el papel que de hecho pudo cumplir en aquella hora precisa la famosa generación. Aquel fin de siglo ha sido visto casi siempre en la manualística escolar bajo el potente foco de esos geniales escritores y al trasluz de su evolución posterior. Pero, claro, ni ellos fueron *todo* el 98 ni en el 98 alcanzaron todos por igual la madurez. Entre uno y otro extremo se nos escapaba precisamente el 98 *si n m á s*.

El método de aproximación a la generación del 98 no podía ser otro que a través del 98 mismo en la plenitud de su ser histórico más inmediato; es decir, a través de ese lapso de tiempo llamado “fin de siglo”, que podemos situar convencionalmente entre 1895 y 1905⁹. Porque un año en historia no es un punto geométrico. Por ser tiempo humano, su reloj es como una bóveda de crucería formada por arcos que vienen de bases mentales y cronológicas diversas y alejadas, apuntando a una red espacio-temporal de igual o mayor diversidad. 1898 es, pues, ese año y los que le anteceden y le siguen, pero dentro de unos límites para poder dominar el panorama. En suma, el 98 es para nosotros como la punta de un iceberg en movimiento, que navega en medio de aguas turbulentas formadas por el choque de corrientes y contracorrientes, preñado de diez años de nuestra historia, cuya palpitación quisiéramos escuchar con oído atento. Entre otras razones, porque en la torca profunda de ese iceberg no viaja sola la generación llamada del 98, sino toda la España que venía del siglo XIX y una parte no desdeñable de la España que hemos llegado a conocer.

En efecto, lo primero que observamos en el vientre de esa mole inmensa es la existencia de *c u a t r o* generaciones biológicas, tres activas y una todavía en estado naciente. Según el cómputo de Eugenio d’Ors, que toma 25 años como horquilla cronológica de una generación¹⁰, en 1898 convivían los *a b u e l o s* (nacidos entre 1800 y 1825), los *p a d r e s* (nacidos entre 1826 y 1850), los *h i j o s* (nacidos entre 1851 y 1875) y los *n i e t o s* (nacidos entre 1876 y 1900). La llamada por antonomasia generación del 98 sería según esta medida del tiempo humano la de los hijos en sus tres últimas promociones; esto es, los nacidos entre 1861 y 1875, arco temporal, como se ve, ligeramente distinto del propuesto por Azorín¹¹.

⁹ Estas fechas vienen enmarcadas por la publicación de los famosos ensayos unamunianos *En torno al casticismo* y la muerte de Juan Valera, un “abuelo” del siglo, meditador también del 98.

¹⁰ E. d’Ors, *Generaciones (I)*, *Nuevo glosario*, III. Madrid: Aguilar, 1949, p. 236–237.

¹¹ Según el cómputo de d’Ors, cada generación contiene cinco promociones, una cada cinco años. Si nos atenemos a este criterio, los miembros de la famosa generación debían tener

¿Qué nos advierte esto? Ante todo, la necesidad que hay en historia de someter a revisión, sin escrúpulos ideológicos, los conceptos más notables y consagrados; y no en menor medida, la mutilación que ha supuesto –allí donde se ha dado– contar sólo con esta generación para conocer los flujos y reflujos de aquel tiempo marcado por el año 1898. ¿Sólo habríamos de oír a los más jóvenes de los hijos del siglo XIX para saber qué se pensó, qué se sintió o qué se quiso aquel año y en su franja difusa anterior y posterior? ¿No deberíamos oír también a Valera o Pi y Margall (74 años de edad en el 98) entre sus abuelos; o entre sus padres, a Ortí y Lara (72 años), Echegaray (66), Pereda (65), Salmerón (61), Giner de los Ríos (59), Azcárate (58), Anselmo Lorenzo (57), Galdós (55), Sales y Ferré (55), Costa (52), Torras y Bages (52), Manjón (52), Gener (49)...; o entre sus hermanos mayores, a Pardo Bazán (47 años), Clarín (46), Ramón y Cajal (44), Rodríguez Marín (43), Menéndez Pelayo (42), Rodríguez Carracido (42), Cotarelo (41), Méndez Bejarano (41), Zozaya (39), Arintero (38), Maragall (38)...; o entre los de su misma promoción, a Dorado Montero (37 años), Vázquez de Mella (37), Muñoz Manzano (36), Felipe Trigo (34), Urales (34), Altamira (32), Blasco Ibáñez (31), Lomba Pedraja (30), Amor Rubial (29), Menéndez Pidal (29), Besteiro (28), Corominas (28), Asín Palacios (27), Manuel Bueno (24), José M^a Llanas (23), Bonilla y San Martín (23)...?

¿No habríamos de tener en cuenta, dentro de una justa y ajustada selección, a todos los que sintieron, pensaron y proyectaron en aquella franja de tiempo? Sí, desde luego, si lo que buscamos es el concepto vivo e íntegro del 98, pues todos los que estuvieron alertas (sean hijos, padres o abuelos) fueron provocados aquel entonces por sucesos enormes, y todos respondieron con la escritura, cada uno a su modo. Ese tiempo fue demasiado fuerte para encajarlo en una fracción de una sola generación, cualquiera que ella sea; demasiado complejo para verlo únicamente a través de unos ojos, de una mirada, por muy brillante y genial que sea. Porque de lo que se trata es de ver, para mejor comprender en ese punto crítico de nuestra existencia colectiva, las posibilidades reales con que entonces contó España para marcar su rumbo y su ritmo. De esta visión habremos de discriminar responsabilidades, pues el estudio de la historia no es mera contemplación estética, sino oportunidad de rescatar luces y energías para el futuro.

Naturalmente, no tengo aquí la pretensión de abarcar en su totalidad aquellas posibilidades. Ofrezco sólo un panorama que permita comprender,

entonces entre 37 y 23 años de edad. Según Azorín, cuyo criterio ha predominado, los miembros de la citada generación habrían nacido entre 1864 (caso de Unamuno) y 1874 (caso de Maeztu); es decir, los que en 1898 tenían entre 24 y 34 años de edad.

sin excesiva simplificación, la riqueza de ideas encerrada en aquel fin de siglo, sobre todo en los aspectos filosófico, histórico y literario. Dejo para otro trabajo entrar en la idea, memoria y proyecto de España, uno de los temas clave del momento al que contribuyeron casi todos los escritores. Ciñéndonos, pues, a lo posible, veamos qué “otros” 98, coetáneos de la más famosa generación de ese dígito, podemos traer a presencia para que, juntos los diversos 98, podamos ofrecer de aquella época un concepto tan íntegro, vivo y real como lo exija la índole de los objetos de nuestro interés.

Comencemos la exploración apoyándonos en el escritor, político y diplomático Juan Valera (1824–1905), que acumulaba en sí una rica experiencia vital e intelectual. Este crítico sagaz y reconocido, testigo privilegiado de aquel fin de siglo, contaba entre la juventud intelectual de entonces; o sea, entre los jóvenes del 98, no sólo a los novelistas, poetas, dramaturgos y artistas, sino a los miembros de la llamada por él “escuela erudita” (hoy diríamos, “histórica”). Según esto, la famosa generación llamada después del 98 era para Valera tan sólo una parte de la “juventud intelectual”. Así, después de citar, como decimos, a profesores (entre ellos a Menéndez Pelayo y a Unamuno), a poetas (entre ellos a Salvador Rueda, Eduardo Marquina y a Rubén Darío) y a los novelistas (cita implícitamente a Baroja y a Valle-Inclán), escribe:

Hay, por último, en nuestros días una fuerza motriz del pensamiento español que le presta carácter, y que es, en mi sentir, lo que más contribuye a nuestro enérgico y propio desarrollo intelectual y a restaurar por el mundo el alto concepto de España como nación civilizadora, fecunda y rica, no sólo en poetas y artistas, sino también en sabios y filósofos. Este florecimiento castizo, entiendo yo que debe considerarse como de la juventud intelectual, y sobre él he dado mil veces mi opinión y le he excitado y promovido hasta donde llegan mis débiles fuerzas y cortos alcances¹².

Figura señera y madura de esa juventud, según Valera, es Menéndez Pelayo, cabeza de la llamada por él “escuela erudita”, escuela que si “peca a veces por demasiada prolijidad, y que acaso convendría que fuese más al grano y no acumulase menudencias de poca importancia [...], la escuela erudita a que me refiero [...], presta aliento y confianza al pensamiento español”¹³. En la nómina de esta escuela, además de Menéndez Pelayo y otros ya fallecidos y, por tanto, no pueden ser incluidos en el 98, están expresamente citados por

¹² J. Valera, *Sobre la juventud intelectual* [1904]. O.C. II. Est. prel. de L. Araújo Costa. Madrid: Aguilar, 1961, 3ª ed., p. 1162.– El subrayado es nuestro.

¹³ *Ibidem*, p. 1163.

nuestro crítico jóvenes de entonces como Francisco Rodríguez Marín, Emilio Cotarelo, José Rodríguez Carracido, Cipriano Muñoz Manzano (conde de la Viñaza), José Ramón Lomba Pedraja, Menéndez Pidal¹⁴ y, por último, el más joven de ellos, Bonilla y San Martín, de quien dice que “debe ser contado entre lo más egregio de nuestra juventud intelectual”. Podría haber ampliado la nómina, pues una vez completada su lista, deja abierta la puerta con la frase “...y algunos otros no menos dignos de aplauso”¹⁵. Por tanto, podría haber citado también a los jóvenes de aquella hora como Ángel Amor Ruibal, Miguel Asín Palacios o Tomás Carreras Artau, entre otros.

En conclusión, según Valera, la “juventud intelectual” de aquel fin de siglo cobijaría a los literatos (novelistas, poetas, dramaturgos) agrupados posteriormente los de mayor renombre en la llamada por antonomasia “generación de 1898” y a los jóvenes filólogos e historiadores de la “escuela erudita”. Acaso aquella generación, la más célebre en nuestra historia literaria, no fue captada plenamente por Valera, si bien parece que la incluyó en la denominada por él mismo “juventud intelectual modernista y cosmopolita”¹⁶. La atisbó ciertamente en la novela, en la poesía, en el drama y, en general, en lo que él llamó literatura terapéutica y regeneracionista. Pero lo interesante es comprobar cómo el conocido crítico unificó bajo el marbete “juventud intelectual” a todo aquel grupo juvenil de fin de siglo dedicado a las letras y a las ciencias, incluyendo en estas últimas a la escuela histórica o erudita.

Así pues, sobre el escenario de los hechos, Juan Valera, un abuelo del siglo XIX, fue en este sentido fiel notario de su tiempo, lúcida conciencia contemporánea que dio fe de la existencia y valor de “otro” 98, que fue incluso reconocido como grupo digno de interés y fuente de inspiración por miembros destacados de la otra parte de los jóvenes intelectuales. Unamuno, por ejemplo, poco después de Valera, dio testimonio de ello recordando elogiosamente a Menéndez Pidal y llamando a Menéndez Pelayo “mi maestro”; y añadía en son de elogio que el gran polígrafo era “un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados”¹⁷. Otros miembros de la famosa generación, Baroja, Azo-

¹⁴ Pidal es citado aquí implícitamente y, más adelante, en página 1168, citado explícitamente junto con los nombrados.

¹⁵ J. Valera, *Desde el castillo de Mos. Divagaciones a escape sobre diversos puntos* [1904], *ibidem*, p. 1168.

¹⁶ *Idem*, *Homenaje a Echeagaray* [1905]; *ibidem*, p. 1176.– El subrayado es nuestro.

¹⁷ M. de Unamuno, *Sobre la erudición y la crítica* [1905]. *O.C.*, T. Madrid: Escelicer, 1966, p. 1271–1272). Nótese, además, que Unamuno, en carta de 1902, valoraba la prosa de Menéndez Pelayo “por su amplitud, valentía y jugoso vigor” (Cfr. *Epistolario de Menéndez Pelayo*, XVI. Ed. de Manuel Revuelta. Madrid: F.U.E., 1988, p. 420).– En este punto hay

rín y Maeztu, también reconocieron, aunque en medio de críticas y matices, los méritos del polígrafo santanderino y de los más relevantes miembros de la “escuela erudita”¹⁸. ¿Cómo pues, tratando de entender aquel fin de siglo, íbamos a olvidar este “otro” 98, cuando era un clamor ya entonces el reconocimiento de sus valores por la misma generación hermana que, además, bebió en sus fuentes y reafirmó en parte frente a ella su identidad? ¿No se desvivían ambos grupos por caminos diferentes en ansias de renovación individual y colectiva?

Hay que tener en cuenta, además, los “otros” 98 que convivieron con la archiconocida generación, pues sin ellos quedaría también ésta huérfana de contraste y, por lo tanto, sin posibilidad de ser comprendida ni valorada. Me refiero a las diversas corrientes de pensamiento que se dieron en la España finisecular. Mencionemos entre ellas: 1. El idealismo hegeliano y krausista, algunos de cuyos representantes habían desempeñado puestos clave en la vida cultural y política españolas de hacía casi medio siglo: Pi y Margall, Nicolás Salmerón, Federico de Castro, Urbano González Serrano, Gumersindo de Azcárate, los hermanos Francisco y Hermenegildo Giner de los Ríos... 2. El neo-kantismo y espiritualismo ecléctico: Juan Valera, Matías Nieto Serrano, José del Perojo... 3. El pensamiento católico y neo-escolástico: Ortí y Lara, Andrés Manjón, Torras y Bages, Menéndez Pelayo, Pidal y Mon, Amor Rubial, González Arintero, Mendive, Urráburu, Vázquez de Mella, Gómez Izquierdo... 4. El pensamiento regeneracionista: Joaquín Costa, Macías Picabea, Lucas Mallada, Luis Morote... 5. El positivismo y el darwinismo: Peregrín Casanova, Ramón y Cajal, Ramón Turró, Pompeyo Gener, Dorado Montero, Sales y Ferré, Luis Simarro... 6. El anarquismo y el libre pensamiento: Anselmo Lorenzo, Juan Montseny (pseudónimo de Federico Urales), Ferrer y Guardia... 7. El socialismo y el marxismo: Pablo Iglesias, Jaime Vera, Julián Besteiro... Hay más; aquí sólo hemos mencionado una parte de la “inteligencia” española de aquel fin de siglo. No es cuestión de tensar el arco nominal hasta el extremo. Baste lo dicho para que el lector abra su mente y aspire a transitar por esos “otros loci” del 98, pues por ellos navega

una notable coincidencia entre Unamuno y Clarín. Escribía este al santanderino en 1900: “No siendo Vd., yo no veo ningún erudito español que sea además artista, pensador, hombre original y fuerte y enterado de veras de otras cosas” (Cfr. *ibidem*, XV, p. 346).

¹⁸ P. Baroja, *El tablado de Arlequín* [1904]. O.C., V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948, p. 30.– Azorín, *La crítica literaria en España* [1893], *Moratín* [1893], *Buscapiés* [1894], *Anarquistas literarios* [1895], *Charivari* [1897]. O.C., I. Madrid: Aguilar, 1975, p. 8, 18, 37, 57, 97, 150.– Maeztu, *El dinero frente a la Iglesia* [1899]. *Artículos desconocidos*. Ed. de E. Inman Fox. Madrid: Castalia, 1977, p. 83.

también, partida el alma entre la ciencia y la conciencia, filosóficamente irredenta entre escollos de razón y fe, y en medio de una crisis general de valores, la más famosa de las generaciones del 98.

Para tratar de ella, ancho mar en el que confluyen en serena o en torrente arribo aguas mil, no sólo españolas sino europeas y americanas, hay que envolverla en la íntegra vida filosófica, política y literaria del 98 universal. Pues sabemos que en función de esa vida, con resonancia positiva o negativa, afirmó su identidad como tal generación. Hoy también se hace necesario llamar la atención sobre ello, y hacer ver la traición que supone encanijar su presentación y representación aislándola de su contexto. La manualística al uso de varias disciplinas, a pesar de la dificultad de la apretada síntesis que ello comporta, debería revisar sus textos en aras de la realidad histórica. El efecto positivo se dejaría notar bien pronto en la mente española e hispanista. 

ANTONIO HEREDIA SORIANO – emerytowany profesor zwyczajny Uniwersytetu w Salamance, zainicjował w 1978 r. międzynarodowe seminarium historii filozofii hiszpańskiej i iberoamerykańskiej w tymże uniwersytecie, uznanym za jedno z najważniejszych centrów badania hiszpańskojęzycznej myśli filozoficznej. Prowadził wykłady we Francji, Włoszech, Holandii, Portugalii, Meksyku, Argentynie i Japonii. Opublikował wiele prac o krauzyzmie hiszpańskim i dziejach instytucjonalnych filozofii w Hiszpanii. W uznaniu za swoje prace w zakresie filozofii hiszpańskojęzycznej otrzymał wiele nagród i wyróżnień.

ANTONIO HEREDIA SORIANO – Professor Emeritus of Philosophy at Salamanca University. Since 1978 Head of the International Seminar on Spanish and Ibero American Philosophy at that University, considered as one of the most important centers for research into Hispanic philosophy. He lectured in France, Italy, Holland, Portugal, Mexico, Argentina and Japan. He published many works on Spanish Krausism and institutional history of philosophy in Spain. As a reward for his publications on Hispanic philosophy decorated with many awards and distinctions.